

Entrevista con Fernando R. Lafuente*

—¿Podría describir sucintamente la política del libro que se plantea en su gestión y en qué se diferencia de la del anterior gobierno?

—La principal política del libro que nos planteamos desde la Secretaría de Estado de Cultura es, en primer lugar, cambiar de manera radical los acercamientos llevados a cabo en torno al libro, que se han basado en la «tradicional» campaña de lectura y en actos e iniciativas de distinto tipo. Con todas las campañas de lectura que se han realizado, la mayor parte buenas y serias desde el punto de vista del diseño y de la cuestión publicitaria, hemos alcanzado —y me permito emular a Groucho Marx— las más altas cotas del más bajo índice de lectura de la Unión Europea. Esto nos obliga a una reflexión seria, compleja y rigurosa, porque ya no se trata de seguir gastando cifras millonarias en campañas de lectura sino en acometer algo que es vertebral para la modernización de nuestro país, como es elevar el índice de lectura de los españoles.

—Sería conveniente subrayar que ese bajo índice de lectura no es un fenómeno de los últimos años sino que viene de mucho más atrás.

—Lo que pasa es que no había habido, a lo largo del siglo, tanto dinero para la cultura como en los últimos años. Eso es lo que nos debe hacer reflexionar. Nuestra política se puede resumir en una frase: «Hoy la sensatez es revolucionaria en España». Hay que ir a lo sensato, al principio de las cosas, hay que empezar la casa por los cimientos. No debemos continuar una política de actos brillantes pero efímeros, muy vistosa de cara a la galería pero de resultados bastante preocupantes, como acabo de indicar. Seguir esa línea nos asemejaría, apelando a un dicho popular, a los hijos de Don Pepito, que iban descalzos y con corbata.

¿Cómo se puede acometer todo esto de una manera sensata? Hay que tener en cuenta, en primer lugar, que la lectura no es un hecho que se adquiera por arte de birlibirloque ni de repente, por el toque mágico de un hada milagrosa. La cultura, como bien decía Federico García Lorca, es como el deporte: requiere un entrenamiento. Y la lectura, que es el eje

* Director General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Educación y Cultura.

de esa formación cultural, es un hábito que debe adquirirse en tres ámbitos fundamentales de la educación de cualquier persona: la escuela, la biblioteca y la familia. Por lo tanto, cualquier política de elevación o promoción de la lectura tiene que pasar inevitablemente por esos sectores. Hoy, a finales del siglo XX, nos encontramos con que en España no se ha diseñado todavía un modelo de biblioteca escolar. Suelen existir, sí, en las escuelas, habitaciones con libros, pero cualquiera sabe que eso no es una biblioteca. Una biblioteca requiere un sistema, una persona encargada de ella que asesora, adecua, enseña, dirige y orienta a los alumnos en la lectura y en su formación, y no sólo a los alumnos que van a estudiar literatura o humanidades, sino a todos. Un estudiante de Ciencias Físicas puede ser un lector enamorado de Stevenson, Conrad, Baroja, London, Vargas Llosa o García Márquez, por ejemplo. La lectura, como la cultura, no se improvisa, es un hábito que se debe crear desde el principio. Todos los proyectos de modernización de la sociedad española, desde comienzos de siglo hasta ahora, tuvieron como emblema los índices de lectura. La verdad es que el momento más espléndido transcurrió durante la Segunda República, con las Misiones Pedagógicas de Cossío. Todo eso termina, lamentablemente, con la Guerra Civil. Creo que ahora estamos en un momento en que se puede relacionar educación y cultura; la fusión de los ministerios de ambas áreas no hace más que ponerlo de manifiesto. Esta relación, por ejemplo en el caso de la creación de las bibliotecas escolares, verdadero punto clave de cualquier proceso de modernización cultural español, sorprendentemente no se había planteado más que de manera efímera.

Además, vayamos por partes. Hay un estudio interesante –y reciente: me parece que data de noviembre de 1996– que hizo la Universidad de Valencia, en colaboración con la Editorial SM, sobre los índices de lectura de los niños de siete a catorce años, gracias al cual se rompe otro tópico. Resulta que los niños españoles leen bastante. Entonces, ¿cuándo se produce esa ruptura en el hábito de lectura de los niños? En la secundaria, entre los adolescentes, cuando el niño o la niña de trece o catorce años llega y ha leído los cuentos, y se ha divertido, y se encuentra con que en la mayor parte de las escuelas públicas, sobre todo, no existe esa siguiente orientación, se carece de verdaderas bibliotecas que serían decisivas en la consolidación de un lector. Porque cuando uno descubre el placer de la lectura se queda enganchado para siempre. Bien, es en este terreno donde queremos centrar nuestro trabajo; ése es el auténtico cambio radical. No se trata de medidas de gran espectacularidad; un cambio radical es volver un poco a la raíz. Es descubrir que no habrá mayores índices de lectura en España mientras ese trabajo arduo, laborioso, difícil, oculto, no se enfrente. Como yo soy un profesor fundamentalmente formado en las bibliotecas y en los archivos a lo largo de toda

mi vida, me pareció que valía la pena dedicarme a este proyecto, que es ambicioso aunque no sea espectacular.

–Para usted no existen hoy las bibliotecas escolares en el pleno sentido de su función.

–No existe un modelo de biblioteca escolar. Existen esfuerzos, y reconocidos, existen bibliotecas, pero lo que todavía la Administración española no le había dado a la sociedad es un modelo de biblioteca. Creo que éste es el gran cambio que nos planteamos para la promoción de la lectura, que beneficiará primero, sin duda, a los ciudadanos; segundo, a la cultura, pero también, por qué no decirlo, a toda la industria editorial y a los autores españoles.

–El eje de su propuesta sería, entonces, la creación de un modelo de biblioteca escolar, tanto para la educación primaria como para la secundaria.

–Esencialmente para la secundaria. Es preciso hacer un análisis de la situación, luego un diagnóstico y después empezar a aplicar las soluciones. Durante los meses que llevo en mi cargo la tarea central ha sido ver la situación y verificar sobre el terreno toda la información que ya poseía, pues el libro ha sido prácticamente mi vida, incluso por antecedentes familiares. En España, aplicando simplemente lo obvio, se pueden producir unas transformaciones verdaderamente importantes, porque esto es lo que ha funcionado en los países de la Unión Europea que hoy presentan unos elevados índices de lectura. Aquí se habían olvidado estos caminos obvios, quizá por aferrarse a un concepto demasiado verbenero de la cultura y por dejar de lado lo básico. Por eso insisto en que el auténtico cambio parte de darle la vuelta radicalmente a ese concepto; todo lo demás vendrá por añadidura, mediante un cúmulo de medidas que además están obligadas por la propia práctica diaria de nuestro trabajo.

–¿Se fomentarán las bibliotecas públicas? ¿Habrá un rediseño de ellas así como se piensa hacerlo con las escolares?

–Es bueno recordar que lo público cuenta hoy en España con tres niveles: 1) Administración central; 2) Administraciones autonómicas; 3) Administraciones municipales. Existen más de 3.300 bibliotecas públicas en todo el país, la mayor parte de las cuales son municipales. Después están las bibliotecas autonómicas y las que podrían llamarse bibliotecas públicas propiamente dichas. Lo que le corresponde a la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas son las 52 bibliotecas públicas del Estado, pero 51 de ellas tienen transferida la gestión –no la titularidad– a las Comunidades Autónomas correspondientes. Esto significa que a nosotros nos toca el capítulo de inversiones, construcción de nuevos edificios, etc.; la compra de libros está dividida entre las Administraciones central y autonómicas. En este sector se ha hecho mucho y hay mucho más por hacer, sobre todo, también, en cuanto a cambio de con-

ceptos. Nosotros, a pesar de la moda reinante en los últimos tiempos, en ciertos países, de construir algunas bibliotecas faraónicas, estamos de acuerdo con la tendencia a utilizar espacios más modestos pero útiles, que no espanten a la población por su gigantismo y que formen parte también, como patrimonio histórico, del propio conjunto urbano. Es decir que una de las políticas que se van a llevar a cabo desde la Dirección General de Bibliotecas es la recuperación del patrimonio histórico para la construcción de bibliotecas. No «espacios de diseño» sino edificios reciclados. Habrá que construir nuevas bibliotecas y también reconstruir antiguas. Y esta política vale también para los archivos. ¿Por qué esta opción? Porque España no se puede permitir el lujo de olvidar la gran riqueza de su patrimonio sino que debe tratar de recuperarlo, reconvertirlo en algo vivo, y hoy no hay nada más vivo que una biblioteca. Actualmente se utilizan bastante para el estudio, no para la lectura pura y dura, quizá por esa ausencia, de la que hablaba antes, de bibliotecas escolares específicas. De lo que se trata es de convertir la biblioteca en un centro vivo de cultura en el que el libro ocupe el lugar central, como ha sucedido en Europa desde hace dos mil años, pero sin excluir otros soportes o modalidades de lectura. Y no me refiero solamente al soporte electrónico; también a periódicos, revistas, vídeos, que tienen que formar parte del entramado de una biblioteca. Por un lado hay que desacralizar el libro, quitarle ese carácter de oráculo misterioso; por otro hay que transformar la biblioteca en un lugar ameno, en donde el ciudadano sienta que se le brinda un servicio personal.

–Usted aludió a la promoción del libro a través de la familia. ¿Cómo se traducirá esta intención en hechos?

–En numerosos coloquios se me ha planteado la necesidad de muchos padres de contar con recomendaciones de lectura para sus hijos. A mí me interesa mucho, como ya he dicho, dedicar una mayor atención a la literatura infantil y juvenil, un sector en el que España, por cierto, destaca por su espléndida producción editorial. Obviamente, porque es la base para la formación de futuros lectores y ha estado muy abandonada. Por ejemplo, sería muy importante dar una mayor presencia en los medios de comunicación, en los suplementos culturales, que hoy cumplen un papel esencial como transmisores de cultura, en las revistas, al libro infantil y juvenil. Vamos a organizar, a través de la red de bibliotecas públicas, cursos y seminarios para los padres, por supuesto gratuitos, en los que recibirán una serie de orientaciones para que sugieran a sus hijos una suerte de programa de lecturas que puede ir creándoles ese hábito y esa necesidad.

–Con respecto a las bibliotecas propiamente comunitarias o municipales, ¿habrá algún tipo de apoyo por parte de la Dirección General de Bibliotecas?